La Shoah y el regreso de los ídolos

Rafael Narbona
24 junio, 2019

El antisemitismo está en la raíz de la cultura occidental, pues según el relato del evangelio de Mateo, cuando Poncio Pilatos defendió la inocencia de Jesús, el pueblo judío gritó: «¡Que su sangre caiga sobre nuestras cabezas y la de nuestros hijos!» (27, 25). Los historiadores estiman que el relato bíblico exculpa a Pilatos por razones políticas, no por fidelidad a los hechos. Es improbable que el prefecto romano experimentara problemas de conciencia por la suerte de un rabino judío. Simplemente, la comunidad que escribió el evangelio de Mateo evitó la confrontación con el imperio, preparando el terreno para introducir el cristianismo en la civilización romana. Raul Hilberg, el autor del estudio más concienzudo sobre la *Shoah* (*La destrucción de los judíos europeos*, 1961), sostiene que el antisemitismo se divide en tres etapas: la conversión forzosa, el confinamiento en guetos y la liquidación física. El nazismo eludió el primer paso y consideró insuficiente el segundo. El *Reichsführer* Heinrich Himmler ordenó «acabar hasta con la última abuela judía y pisotear a los niños de cuna como sapos venenosos».

Apoiados por las milicias fascistas locales, las fuerzas del Tercer Reich superaron la crueldad de los pogromos que hasta entonces habían enturbiado la historia de Europa. En *Amos de la muerte. Los SS Einsatzgruppen y el origen del Holocausto* (2003), el historiador Richard Rhodes explica que los

alemanes obligaban a los adultos a amontonarse unos sobre otros en las fosas para recibir un tiro en la nuca. Este método implicaba que –salvo los que morían en primer lugar– las víctimas se tumbaban sobre un cadáver o un cuerpo agonizante antes de ser asesinadas a sangre fría. Los SS llamaban a este procedimiento *Sardinenpackung*. Después de emplear reiteradamente el *Sardinenpackung*, los nazis advirtieron que los niños más pequeños sobrevivían, pues el cuerpo de sus madres actuaba como parapeto. Por eso, en el hospital de maternidad de Vinnitsa, metieron a los recién nacidos en sacos y los arrojaron a la calle desde las ventanas. A veces, golpeaban violentamente el saco contra una pared antes de lanzarlo al vacío. ¿Cómo es posible llegar hasta grado de sadismo, suprimiendo cualquier forma de compasión? Richard Rhodes emplea los argumentos de la antropóloga francesa Noëlle Vialles para explicar cómo los ejecutores de la *Shoah* pudieron inmunizarse al dolor de sus víctimas. En su ensayo *Animal to Edible* (1994), Vialles afirma que los mataderos industriales y los campos de exterminio nazis funcionan de manera similar, dividiendo el trabajo para diluir la responsabilidad y disipar cualquier objeción moral.

El primer matadero industrial se inauguró en Chicago y los nazis lo visitaron para copiar sus innovaciones. El 15 de agosto de 1941, el *Reichsführer* Himmler contempló por primera vez en Minsk (Bielorrusia) el fusilamiento de un centenar de partisanos y judíos. Según los testimonios de Erich von dem Bach-Zelewski, un alto mando de las SS, la experiencia resultó traumática. Primero, detuvo la ejecución para comprobar si un joven alto, rubio y de ojos azules era realmente judío. Cuando el infortunado le confirmó que era judío, al igual que sus padres y abuelos, Himmler dio una patada en el suelo y exclamó que en ese caso ni siquiera él podía evitar su muerte. El pelotón, compuesto por doce hombres, disparó a continuación, pero dos mujeres no murieron en el acto. Malheridas, gimoteaban en la fosa. Descompuesto, Himmler se dirigió al jefe del pelotón y gritó: «¡No torturéis a esas mujeres! ¡Disparad! ¡Daos prisa y matadlas!» Otto *Bradfish*, jefe del *Einsatzkommando 8* de los *Einsatzgruppen B*, contó durante su juicio por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad que Himmler reunió a los oficiales después de la matanza y les dijo que su trabajo era ciertamente repugnante, pero que se limitaban a limpiar el mundo de seres indeseables e inútiles.

Las cámaras de gas comenzaron a utilizarse en la primavera de 1941 para liberar a los ejecutores de la *Shoah* de la ingrata experiencia de abatir a balazos a mujeres, niños y ancianos. En Chelmno, Sobibor y Treblinka se empleó monóxido de carbono y sólo en Auschwitz se recurrió al Zyklon B, ácido cianhídrico que al contacto con el agua produce cianuro de hidrógeno gaseoso. Fabricado como insecticida por IG Farben (un complejo de empresas farmacéuticas que incluye a la famosa Bayer), se consideró idóneo para el exterminio de seres humanos por su poder altamente tóxico. Una tonelada del producto puede matar a veinticinco mil personas. El 17 y 18 de julio de 1942, Himmler visitó Auschwitz. Durante la mañana del primer día, observó por la mirilla de una cámara de gas el asesinato de varios centenares de deportados, sin mostrar ninguna clase de repugnancia o espanto moral. Esa misma tarde, se marchó a una taberna con Rudolf Höss, comandante del campo y el *Gauleiter* local, acompañados de sus respectivas esposas. Bebieron vino y celebraron los éxitos de Alemania en su guerra contra los judíos y los bolcheviques.

Las cámaras de gas fueron la «solución humanitaria» al exterminio mediante pelotones de fusilamiento. «Nunca seremos duros o despiadados cuando no sea necesario», afirmó Himmler el 4 de octubre de 1943 en la conferencia anual de altos mandos de las SS: «Muchos de vosotros sabéis qué

significa contemplar montañas de cadáveres y no perder la decencia. Es una página gloriosa de nuestra historia, nunca escrita, y que no debe escribirse [...]. Hemos cumplido esta pesada tarea por amor a nuestro pueblo. Y no hemos dañado nuestro ser interior, nuestra alma, ni, en consecuencia, nuestro carácter». Las palabras altisonantes de Himmler mencionando la decencia resultan particularmente grotescas, pues todas las fuentes históricas señalan que las matanzas estuvieron acompañadas de corrupción a todos los niveles. Incluso el propio Himmler, todos los miembros de las SS robaron sistemáticamente los bienes de las familias judías asesinadas: oro, joyas, obras de arte. La mentalidad perversa de Himmler se refleja en su colección privada de muebles realizados con restos humanos. De hecho, poseía varios ejemplares del *Mein Kampf* con cubiertas de piel procedentes de la espalda de judíos asesinados en Dachau. Al final de la guerra, Himmler pensó que los aliados aprovecharían su experiencia policial y le encargarían velar por la seguridad en la Alemania de la posguerra. Una de sus preocupaciones era averiguar si sería más oportuno saludar al general Eisenhower con un apretón de manos o con el brazo en alto. Hitler lo destituyó de todos sus cargos cuando descubrió que negociaba su salvación personal con las fuerzas aliadas. Aunque se afeitó el bigote y se colocó un parche sobre el ojo izquierdo, fue reconocido en un control británico entre Hamburgo y Bremen. Mientras un médico lo examinaba, se suicidó, mordiendo la capsula de cianuro que había escondido en sus dientes. Sus restos fueron enterrados en una tumba anónima.

Hannah Arendt escogió a Adolf Eichmann para ilustrar la banalidad del mal. Himmler tenía muchas cosas en común con Eichmann. Hijo de un maestro, se educó en un ambiente estricto, donde se aplicaba el castigo físico para corregir cualquier gesto de rebeldía o indisciplina. Durante sus años de universidad, Himmler se apuntó a una asociación estudiantil y participó en un par de duelos con sable, que le ocasionaron heridas en la cabeza. Su trayectoria no es insólita, sino previsible en un alemán de su tiempo y su clase social. No era un hombre especialmente violento, pero sí un cobarde que se adaptó perfectamente a la rutina del «asesino de despacho». Richard Rhodes menciona que recriminaba a sus compañeros de partido su afición por la caza, afirmando que matar a un ciervo era «un simple asesinato». No debe confundirse esa observación con hipocresía o con una sensibilidad deformada, sino con el horror de la clase media hacia las formas más crueles e inmediatas de violencia. En 1835, las leyes inglesas establecían nuevas formas de sacrificio de los animales para disminuir su sufrimiento y evitar la degradación moral de los matarifes, que hasta entonces trabajaban en el centro de los pueblos, ofreciendo un espectáculo que recordaba las ejecuciones medievales ante una chusma eufórica. Hitler intentó aplicar el mismo criterio en el exterminio de los presuntos enemigos del Reich. Noëlie Vialles describe el proceso psicológico que permite el funcionamiento de los mataderos industriales: «Los trabajadores afirman a menudo que “cuando te acostumbras, lo haces como harías cualquier otra cosa”. Ese vacío en el pensamiento y esa falta de identificación con la tarea que uno realiza, que en cualquier sitio se consideran características negativas del trabajo de la producción en cadena, constituyen aquí, por el contrario, un prerrequisito para “acostumbrarte a ello”».

La *Shoah* es la hora más negra de la historia de Europa. Constituye el apogeo de un irracionalismo que se rebela contra la herencia ilustrada y liberal. ¿Podría repetirse? Primo Levi sostenía que sí, que el horror acontecido había producido un largo eco, capaz de propiciar aberraciones similares. El bien es frágil e inestable. En los sótanos de la condición humana, siguen agitándose los espectros más dañinos: la voluntad de poder, el odio al diferente, el egoísmo primario, el espíritu gregario, la

nostalgia de un padre omnipotente. De esos impulsos brotan las doctrinas más destructivas: nacionalismo, religión, racismo, totalitarismo. Asistimos a un renacimiento de esos fenómenos. Sólo la razón puede contener unas creencias que han desencadenado las peores tragedias. La sensación de vacío que ha producido la feliz caída de las ideologías no es una invitación a dar un paso atrás, sino un estímulo para culminar el proyecto de una Europa de ciudadanos, donde el miedo a la libertad deje paso a la responsabilidad y la solidaridad. «No debemos ponernos al lado de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la padecen», escribió Albert Camus. No se trata de una simple frase, sino del horizonte ético que apunta hacia un porvenir en el que Auschwitz ya no será posible.